

## **DOMINGO TERCERO DE PASCUA**

**1ª lectura** (Hechos 3, 13-15.17-19): *Nosotros somos testigos de ello.*

**Salmo** (4, 2.4.7.9): *«Haz brillar sobre nosotros, Señor, la luz de tu rostro»*

**2ª lectura** (1ª Juan 2, 1-5a): *Tenemos a uno que abogue ante el Padre: a Jesucristo.*

**Evangelio** (Lucas 24, 35-48): *Era necesario que se cumpliera todo lo escrito en la Ley.*

El pecado es siempre consecuencia de la ignorancia, del engaño y mentira que nos seduce con apariencia de verdad. Pero la verdad sólo radica en la aceptación de la vida sin fisura alguna de engaño o mentira. Juan escribe a sus discípulos para que conociendo la verdad no pequen. No descarta que la fragilidad del ser humano lleva alguna vez al pecado, pero hay un resorte seguro que nos restablece en el área de la vida, de la gracia y del favor de Dios. Basta dirigirnos al autor de la vida y solicitar que haga valer su gloria y poder divino en favor nuestro.

Esta idea de que el Resucitado trae consigo el “*perdón de los pecados*” y así mismo introduce al hombre en el “*reino de la vida*” es lo que percibieron de inmediato los apóstoles cuando se cumplió en ellos la promesa de Jesús de enviarles el Espíritu. Para ellos la vida cobra un nuevo sentido; desde la fe en Jesús resucitado vivir era algo más que transcurrir los días de la vida mortal sin más horizonte que la muerte. Con el hecho de la resurrección de Jesús, su experiencia de verlo vivo entre ellos y al saberle glorioso en compañía de Dios Padre, los apóstoles sintieron que una nueva vida convivía con ellos a través de todos los sucesos cotidianos, de sus pensamientos y decisiones.

Vivir en cristiano es participar de la vida misma de Dios. Esta vida de la gracia, don inestimable que Dios concede al cristiano es incompatible con la rebelión contra el autor de la vida, y hay que estimar como un engaño nefasto cualquier alternativa que pretenda ocupar el lugar de ese don. Vivir como Dios es el deseo más intenso que el ser humano puede alcanzar y ahí mismo es donde radica la encrucijada ante la que el hombre tiene que decidir con plena responsabilidad. En términos bíblicos se formula así: **«Delante de ti tienes la vida y la muerte; si eliges cumplir la voluntad de Dios ciertamente vivirás»**.

La tentación radica en pensar que existe otra alternativa mejor y es el propio adversario de Dios, Satanás, quien seduce al hombre a rechazar la voluntad divina presentando la Ley como un vínculo que impide al hombre ser libre. Nada más contrario a la voluntad de Dios, quien expresa claramente en la propia Ley su deseo explícito de que sea el hombre quien tome la libre decisión de aceptarle. El primer mandamiento invita al hombre a amar a Dios, a quererle, a hacer uso de su libre voluntad y elegir el camino de la verdad frente al camino de la mentira.

La experiencia del pecado, como consecuencia del engaño con que Satanás seduce al hombre, no puede apreciarse en su verdad a menos que el hombre goce de la libertad que le permita conocer el bien y la felicidad que Dios quiere para él. La amenaza del castigo divino no es el medio más eficaz para conseguir que el hombre quiera de buen grado aceptar la voluntad divina. Esta se ha cumplido ya definitivamente en favor del hombre, sólo resta que el hombre quiera, por supuesto libremente, participar de los beneficios de la benevolencia divina.

Lucas es discreto en el relato de las apariciones de Jesús resucitado. La que hoy nos ofrece tiene lugar en un entorno que bien podemos considerar como “*eucarístico*”. Después de haberse aparecido a los discípulos camino de Emaús, Jesús se presenta en medio de los discípulos sin especificar el lugar. Los evangelistas han tenido que presentar las apariciones de Jesús resucitado de forma que los discípulos puedan ver que el Resucitado es el mismo Crucificado, pero, al mismo tiempo con un cuerpo glorioso al que no le afectan ya ni el espacio ni el tiempo.

Precisamente porque Jesús resucitado no está afectado por el espacio y el tiempo, puede estar en el corazón de nuestra historia, en cada Eucaristía, en cada ser humano. Existen algunos bautizados en la fe católica que han alcanzado una buena madurez humana y creyente y se quedan tan tranquilos diciendo que Jesús vino a nuestro mundo para convocar y proclamar el Reino de Dios. Y, una vez resucitado, sube junto a su Padre y nos deja a nosotros la misión de llevar a término el Reino de Dios. Si esto es así, entonces Jesús ya no es Señor de la historia y, por lo mismo, no salva. Él está con nosotros todos los días hasta el final de los tiempos. Y no solamente en misa, sino en cada una de nuestras historias, en cada ser humano.

Y accedemos a la presencia del Resucitado de una forma bien sencilla: a través de un mínimo acto de fe. De esa forma estamos ya en su presencia y Él en la nuestra. Esa presencia nos permite seguir viviendo la vida ordinaria con sus vaivenes, pero empezamos a notar que todo lo ordinario es distinto. Además, esa presencia e inmediatez de relación con Él nos permite vivir todo con Él: lo bueno y lo malo, las virtudes y los pecados; las posibilidades y las limitaciones. Poco a poco vamos viviendo de su ser y Él hace que nuestra vida empiece a vivir de Él. Él es la fuente.

¿Se puede probar la Resurrección? No; pero el creyente sabe, a la luz de la vida que surge de sus entrañas cuando se adhiere al Resucitado, que lo que nota por dentro y lo que los discípulos de Jesús han dicho de Él en el Nuevo Testamento coinciden. Es una certeza misteriosa, pero indefectible, más fuerte que la muerte. ¿Fanatismo? ¿Por qué, sin embargo, en vez de producir efectos psicológicos y sociales de carácter patológico, produce lo contrario, liberación interior y comunión interpersonal?